

—¿El colono Rutledge, señora?— contestó el curial, en cuanto su exasperación permitióle articular palabra. — El colono Rutledge está tan famoso como vos... Señora, la historia de la enfermedad no ha sido sinó un lazo... un embuste, una añagaza... Si no lo sabiais ya, sabedlo desde ahora.

— ¡Vaya! — exclamó ella simulando gran sorpresa. — ¿Estáis seguro de ello, señor Jobson?



— ¡Pardiéz, si lo estoy! — dijo el escriba furioso. — ¡Como lo estoy, asimismo, de que me ha tratado, el viejo avarote, de dependiente del embrollo, señora!... ¡De lechuzo, el muy harapiento!... ¡De que me ha acusado, señora, de haber ido á sustraerle el dinero: cargo que no merezco más que otro alguno de mis colegas, señora!... ¡Yo, sobre todo, escribano de la justicia de paz, oficial del rey en virtud de la Ordenanza de 1546, dada por Enrique VIII, y de otra de Guillermo, 1067... del primero de los Guillemos, señora, de gloriosa é imperecedera recordación, que nos libró, para siempre, de papistas y pretendientes, de zuecos y de calentadores, señora!...

— ¡Qué cosa tan triste esa de los zuecos y de los calentadores! — replicó miss Vernon, complaciéndose en excitar la ira

del curial. — ¡Sobre todo, los calentadores! ¡Es un excitante del que parece no tenéis necesidad alguna, maese Jobson! El tío Rutledge está falto de modales, y hubiera podido irse más allá de las palabras. En confianza, ¿no os ha largado algún palo?

— ¿Palos á mí, señora? ¡Oh! en cuanto á eso, no! — Y añadió con cierto énfasis: — Nadie pondrá la mano sobre mí: os lo prometo.

— Eso dependerá de lo que merezcáis, señor mio; — dijo entonces. — Habláis á la señora de un modo tan inconveniente que, ó cambiáis de tono, ó me encargaré yo de enseñaros á vivir.

— ¿A mí, caballero? ¿Sabéis bien á quién estáis hablando?

— Perfectamente. Os tituláis escribano de la justicia de paz, y el tío Rutledge os llama lechuzo. Ni una ni otra cualidad os da derecho á ser impertinente con una dama.

Miss Vernon puso la mano sobre mi brazo exclamando:

— ¡Basta, señor Franck! ¡Nada de pasar á vías de hecho contra el señor Jobson! No soy bastante amiga suya para permitirle que reciba un solo latigazo: viviria á expensas de él, tres meses por la menos. Aparte de que lo habéis herido ya lo bastante con llamarle impertinente.

— No me fijo en palabras, señora, — respondió el curial algo dulcificado, — cuando por efecto de ellas no puede instruirse proceso. Pero el epíteto de lechuzo constituye una injuria y una calumnia, y se lo haré pagar caro al tío Rutledge como á cualquiera que lo repita para turbar el orden público ó atentar á mi reputación.

— ¡Patarata! — dijo ella. — Conocéis el axioma: en donde no hay de qué el rey pierde sus derechos. ¡Atentar á vuestra reputación! Digno de lástima fuera quien os la arrebatara, y, si tuvieséis la desgracia de perderla, tanto mejor: ya veís que lo que os deseo es fortuna.

— ¡Muy bien, señora! ¡Buenas tardes, señora! Nada me resta que decir... Sólo añadiré que tenemos leyes contra los papistas, y que el país lo pasaría mejor si se pusieran manos á la

obra. Poseemos los tercero y cuarto estatutos de Eduardo VI contra los antifonarios, graduales, procesionales, vidas de santos, misales y contra todos aquellos, miss Vernon, que tienen en su casa tales zarandajas. Poseemos, asimismo, la intimación á los papistas de prestar juramento, y el estatuto primero del monarca reinante condena á los que se niegan á prestarlo. Además, está prohibido, bajo severas penas, el oír misa. Leed el estatuto trigésimo tercero de la reina Isabel, y el tercero de Jaime I, capítulo xxv. Y no es esto todo: sobre trasfendencia de bienes, sobre registro de actos y de testamentos, se abonan dobles derechos, dado caso de que...

— Mejor haréis en leernos — interrumpió mis Vernon, — la nueva edición completa de los estatutos, revisada y corregida por José Jobson, escribano de la justicia de paz.

— Y además y sobre todo, — prosiguió el curial, — vos, Diana Vernon, (pues hablo para vuestro gobierno) menor de edad y papista recalcitrante, estáis obligada á volver á vuestra casa por la vía más corta, bajo pena de felonía; de ir, sin falta, á pedir pasaje á las barcas públicas, deteniéndoos solo en ellas durante el intermedio de una á otra marea; y, en defecto de sitio, á penetrar en el río con agua hasta la rodilla y probar de atravesarla así durante todo el día.

— Para penitencia de mis errores católicos: ¿no es eso? — preguntó la jóven riéndose. — ¡Vaya! Os agradezco el aviso. Vuelvo á casa cuanto antes y, en lo sucesivo, viviré más retraída. ¡Buenas tardes, querido escribano, espejo de cortesia protestante!

— Buenas, señora, y... ¡pensad que no se juega impunemente con la ley!

Cambiados los precedentes despidos, nos separamos.

— ¡Va á meditar alguna mala treta! — observó miss Diana mirando como se alejaba. — ¡Triste cosa para personas de calidad y de fortuna el verse expuestas á los insultos legales de tan miserable enjendro! ¿Y por qué crimen? Por el de creer aún en lo que creía toda Inglaterra hace poco más de un siglo. No puede, en efecto, negarse á nuestra religión el mérito de la antigüedad.

— ¡Pícaro! — dije. — Muchas ganas tenía ya de romperle la crisma.

— Os hubierais conducido como un verdadero atolondrado; y, no obstante, si mi mano fuese un poco más recia, creo que le hubiera hecho sentir su peso. No os lo digo por vía de acusación, pero tres cosas hay respecto á las cuales soy digna de lástima, si existe alma capaz de compadecerme.

— ¿Puedo saber cuáles sean esas tres cosas?

— ¿Me prometéis dispensarme vuestra más viva simpatía, si os las declaro?

— ¡Ah! No lo dudéis; — respondí con interés que no procuraré ocultar. Y acerqué mi cabalgadura á la suya.

— Pues bien... ya que, al fin y al cabo, siempre es grato hacerse compadecer... ahí van mis tres contrariedades. En primer término, soy niña en lugar de ser muchacho, y me encerrarían en una casa de orates si hiciera la mitad de las cosas que se me ocurren. Si, como vos, uso del sublime privilegio de obrar á mi antojo, doy pábulo á la murmuración general, que ahora canta á porfía mis alabanzas.

— No esperéis de mí que os compadezca por semejante desgracia: es tan común, que la mitad de la especie humana la sufre, y en cuanto á la otra mitad...

— Dispone de un lote tan completo, que está celosa de sus privilegios; — interrumpió. — Vos sois parte interesada: lo estaba olvidando. ¡Dejémoslo! — añadió para impedirme el protestar. — ¿No observo, acaso, dibujarse una galante sonrisa, prefacio de un acicalado cumplido con respecto á las raras ventajas que obtienen los parientes y amigos de Diana Vernon del azar que la ha hecho nacer una de sus ilotas? Ahorráos ese trabajo, buen apóstol, y veamos si nos ponemos mejor de acuerdo sobre el segundo extremo de mi requisitoria contra la fortuna, como diría aquel tunante rasca-papeles. Pertenezco á una secta oprimida, á una religión pasada de moda. Lejos de respetar mi devoción, como tiene derecho á pedirlo cualquiera joven honrada, mi excelente amigo el juez Inglewood puede mandarme á la casa de corrección, porque adoro á Dios en la

forma en que lo adoraron mis padres, repitiendo hasta la intimación hecha por el viejo Pembroke á la Abadesa de Wilton, á quien él había desposeído de su convento: « ¡ A hilar, bribona, á hilar ! » (D.)

— El mal no es irremediable, — contesté gravemente. — Consultad algunos de nuestros más sabios teólogos, miss Vernon, ó mejor, consultad vuestra superior inteligencia, y no dejaréis de reconocer que las discordancias que separan nuestra creencia de aquella en que habéis sido educada...

— ¡ Psit! — indicó poniendo un dedo en sus labios. — ¡ Psit!... No hablemos más de ello. ¡ Abandonar la fe de mis nobles antepasados! Equivaldría á desertar su bandera en el momento en que la suerte de las armas le fuera adversa, para pasarse, como vil mercenario, á los honores del victorioso enemigo!

— Honro vuestro denuedo; y, en cuanto á las miserias de que os hace víctima, baste deciros que las heridas que se infieren á una recta conciencia, traen el remedio en sí mismas.

— Podrá ser, pero no son menos dolorosas y crueles. Veo que tenéis un corazón de roca, y la perspectiva de hilar en una rueca vos preocupa tan poco como la obligación de poner os cofia rizada en lugar de sombrero con escarapela. Esto me dispensa de revelar os mi tercer motivo de queja.

— ¡ Por favor, señorita, no me retiréis vuestra confianza! La triple ofrenda de simpatía debida á fatalidades sin par, será fielmente pagada, os lo juro, á la narración de la tercera queja. Aseguradme, empero, que no es común á la de todas las mujeres, ni á la de todos los católicos de Inglaterra que, ¡ Dios os bendiga! forman una secta más numerosa aún que la que, en nuestro celo en favor de la Iglesia y del Estado, podríamos apetecer nosotros, los protestantes.

La fisonomía de Diana nublóse y, en tono serio, hasta entonces desconocido para mí, contestó:

— Si: es una fatalidad muy digna de conmiseración. He recibido de la naturaleza, como es fácil notar os, un carácter franco y abierto, un corazón sincero y leal. Sólo anhelo vivir honrada y en pleno día... Pues bien: el destino me ha arrojado

en tal red de tramas y de maquinaciones, que apenas si me atrevo á abrir la boca, temerosa de las consecuencias, nó por mí, sinó por los demás!

— Vuestro sufrimiento es, en realidad, cruel, y deseo tomar en él alguna parte muy viva, aunque estaba lejos de presumirlo.

— ¡ Oh, señor Franck, si se supiera... si supierais lo que me cuesta, á veces, ocultar, bajo un aspecto sonriente, las angustias de mi alma, sentiriais honda lástima por mí! Falto, quizá, revelándoos hasta tal punto el horror de mi posición; pero vos poseéis espíritu claro, observador, y no hubierais tardado en dirigirme cien preguntas acerca de los incidentes del día, del por qué ha tomado en ellos parte Rashleigh para sacar os de apuros, y de muchas otras cosas que os sorprenderán. Por mi parte, repúgname el emplear, para con vos, disimulo ó engaño; contestaría con evasivas, lo cual me haría decaer en vuestra estima, si me la otorgáis, lo propio que en la mía. Mejor es, pues, deciros de una vez: « Basta de preguntas, ya que no está á mi alcance el contestarlas. »

Miss Vernon se expresó con tan penetrante dolor, que me comunicó la emoción que la agitaba. Prometí que no daría motivo para temer mi indiscreta curiosidad ni, sucediera lo que sucediera, una falsa interpretación á su silencio. « Me sentía — añadí, — demasiado reconocido al interés que ella se había tomado en mis asuntos, para abusar de su condescendencia al iniciarme en los suyos. Sólo la insté á que, si mi auxilio podía en cualquier tiempo serle provechoso, no dudase en reclamarlo. »

— ¡ Gracias, gracias! — contestó. — Vuestra voz no suena como el estribillo de un cumplido: habláis como hombre que sabe á lo que se compromete. Si alguna vez, (cosa improbable,) se presenta la ocasión, os recordaré la promesa; pero si la hubieseis olvidado, no me enojaré por ello. Vuestras intenciones de hoy son sinceras y esto me basta. Muchas cosas pueden cambiarlas, antes de que reclame cumpláis vuestra palabra de asistir á Diana Vernon como si fueráis hermano suyo.

— Si fuese hermano de Diana Vernon, ésta no me encontraría

más pronto á servirla. Y ahora, quisiera saber si debo sólo á la intervención de Rashleigh el verme libre de apuros. ¿ Me lo diréis ?

— No. Preguntádselo á él vos mismo, y os respondo, desde luego, de que lo tomará á honra. Mejor que dejar una buena acción perderse en el mundo sin dueño, como adjetivo inoportuno en frase coja, prefiere recogerla en provecho propio y para que le haga veces de sustantivo!

— ¡ Y Campbell!... ¿ No fué él quien escamoteó la maleta? Y la carta dirigida á nuestro importuno, ¿ no ha sido intriga que, alejando á éste del lugar de la escena, facilitara el dichoso desenlace de mi libertad? ¿ Qué opináis de todo ello?

— No vayáis más lejos, ó tanto se llevará el viento. A pesar de todo, es preciso guardar tan buen concepto de mí, cual si hubiera respondido yo á vuestras preguntas y á otras cien con la facundia y el desembarazo de Rashleigh. Oid: cada vez que colocaré la mano en mi barba, de esta manera, vuestra curiosidad sabrá que no hay medio para satisfacerse. Estableceremos, de esta suerte, signos de correspondencia entre los dos, ya que váis á ser mi confidente y mi consejero, aun cuando no sepáis palabra de mis asuntos.

— Me parece muy lógico, — repliqué riendo; — y estad segura de que la sabiduría de mis consejos igualará, bajo todos conceptos, el alcance de vuestra confianza.

Discurriendo así, llegamos, en las mejores disposiciones recíprocas, al castillo de Osbaldistone donde se estaba á punto de terminar ruidosamente la cena.

— Servídnos de cenar en la biblioteca; — dijo miss Vernon á un criado. — Ahora me toca compadecerme de vos, — añadió volviéndose hacia mí, — y procurar que no perezcáis de hambre en plena tragonería. Sin ello, no es probable que hubieseis conocido el lugar de mi retiro. La biblioteca se ha convertido en mi cueva. Es el único sitio de la casa en que estoy al abrigo de los oseznos, mis primos. No se cuidan de aventurarse por ahí, por miedo, á lo que creo, de que, cayéndose los in-folios, no les aplasten la cabeza: único efecto que pueden producir sobre sus cráneos. Seguidme!

Seguila, á través de un dédalo de corredores y por una escalera de caracol, hasta el salón en que había dispuesto que se nos sirviera el refrigerio.

